

MATARSE PARA VIVIR

(85% de una historia real)



Chuck Klosterman

Traducción: Juan Trejo y Óscar Palmer



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Killing Yourself to Live
Scribner
Nueva York, 2005

ES POP ENSAYO Nº 19
1ª EDICIÓN: ABRIL 2019

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with Levine
Greenberg Rostan Literary Agency
© 2005 by Chuck Klosterman
© 2019 de la traducción: Juan Trejo y Óscar Palmer
© 2019 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Gráficas Cems

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-04-5
Depósito legal: M-11951-2019

Ésta es una historia sobre el amor, la muerte, la conducción, el narcisismo, Estados Unidos, la inoportuna exaltación del consumo de drogas, la falta de sexo, los colines en los restaurantes de la cadena Olive Garden, las conversaciones con desconocidos, la nostalgia por un pasado inmediato, las películas que no has visto, KISS, Radiohead, Rod Stewart y —en menor medida— los mastodontes de las llanuras del Medio Oeste. Si estas cosas no te interesan, no leas este libro.

Los detalles periodísticos de este libro son, en la medida de lo posible, completamente precisos. Todo lo relacionado con mi vida personal obedece al modo en que lo recuerdo, ya que no grabo ninguna de las conversaciones que tengo en mi día a día. También hay una leve manipulación del tiempo y una secuencia hacia el final del libro ocurrió en realidad en Nueva Zelanda.

He cambiado algunos nombres, así como ciertos detalles sin importancia que podrían incomodar a las personas cuyos nombres he cambiado.

LA NOCHE ANTES DEL PRIMER DÍA

Confusión · Construcción · Exposición

Joder, colega. Este rollo es demasiado complicado.

No tengo ni idea de cómo se lo monta la gente para viajar.

No tengo ni idea de qué meter en la maleta. ¿Cuántos pantalones necesito para un viaje de tres (posiblemente cuatro) semanas? Apostaría a que son menos de los que creo. ¿Necesitaré más de un par de zapatos? No parece probable, pero apostaría a que sí. ¿Tres pares, tal vez? Esto es una pesadilla. ¿Debería llevarme algún sombrero? Uno, quizá. Y una sudadera. Vale que agosto está a la vuelta de la esquina, pero aun así no me cuesta imaginar una situación en la que una sudadera podría reportarme pingües beneficios. No obstante, ¿cuáles son las posibilidades reales de que tal situación llegue a darse? ¿Estoy perdiendo de vista el objetivo? Jamás podría haber sido escalador; más bien habría sido uno de esos payasos que mueren en mitad de una ascensión al Everest por haber metido en la mochila un cargamento extra de colacao en lugar de un poco más de cuerda.

Tal vez debería explicar por qué estoy haciendo la maleta.

Lo primero que tengo que decir es lo siguiente: la muerte forma parte de la vida. Por lo general, suele ser la parte más breve de la vida y en la mayoría de los casos suele producirse hacia el final. En el caso de las estrellas de rock, sin embargo,

no tiene por qué ser así. A veces, las estrellas de rock no empiezan a vivir hasta *después* de muertas.

Quiero entender por qué.

Hace dos meses, mi despampanante editora rubia me envió un correo electrónico, preguntándome si me interesaba embarcarme en una «historia épica». Una petición extraña, cuando menos; el adjetivo «épico» no suele utilizarse a menudo en la redacción de *Spin*, salvo para medir las caídas en desgracia de los colaboradores de la revista y/o describir los problemas con la bebida de ciertas personas. Mi correo de respuesta fue: «Por supuesto». Sin embargo, ninguno de los dos tenía la menor idea de en qué podría consistir la citada historia y, a juzgar por la descripción, empecé a temerme que tuviese algo que ver con la construcción de una réplica, a escala natural, de un barco vikingo del siglo I.

En el transcurso de las dos semanas siguientes, acudí periódicamente al despacho de mi editora para debatir con ella posibles puntos de partida para nuestra historia épica. Mi editora permanecía sentada tras su escritorio mientras yo me dedicaba a dar vueltas por el despacho haciendo aspavientos absurdos, como si fuera un joven Benito Mussolini. La épica, cuando es por obligación, tiene difícil componenda, sobre todo si uno desconoce por completo los fundamentos del comportamiento epopéyico. Por algún motivo, mi editora estaba convencida de que recorrer una burrada de kilómetros era uno de ellos. A pesar de que no sabíamos adónde debería viajar ni lo que debería hacer una vez allí, se le antojaba crucial que tardase mucho en llegar; este hecho constituiría lo «épico» del asunto. En última instancia, decidió que debería desplazarme hasta cualquier rincón de Estados Unidos en el que hubiese ocurrido algo marginalmente interesante para la historia del rock 'n' roll y viviese la «experiencia» de estar allí. Calculamos que dicho viaje duraría, a bote pronto, algo

menos de cuatrocientos años. Visto así parecía una empresa lo bastante épica, y yo, para ser sincero, no tenía nada mejor que hacer.

Durante los días siguientes empecé a esbozar un mapa de la posible odisea. Esta tarea dio pie a un dilema que no habíamos previsto: ¿qué merece la pena ser clasificado como «marginalmente interesante»? Continuamente iba a dar con las dos mismas respuestas: prácticamente todo y absolutamente nada. ¿Es «interesante» la barbería del pueblo de los ZZ Top? ¿Es «interesante» la habitación en la que dormía Madonna cuando era niña? ¿Es «interesante» cualquiera de las casas de particulares en las que Jerry García compró heroína? ¿Quién puede saberlo? Mis potenciales vagabundeos parecían estar imbuidos de un persistente relativismo moral. En cualquier caso, llegué a la conclusión de que existe un puñado de localizaciones que *siempre* resultarán de interés. Siempre me he sentido atraído por cualquier lugar en el que haya muerto alguien. Esto probablemente se deba a que pienso en la muerte a todas horas; en mi opinión, se trata del momento más interesante en la vida de cualquiera. Una afirmación que resulta particularmente cierta en el caso de los famosos. A menos que hablemos de Shannon Hoon, morir es lo único que le garantiza a una estrella del rock un legado capaz de prolongarse más allá de una relevancia pasajera. En algún lugar, en algún momento dado, de algún modo, alguien decidió que muerte y credibilidad eran sinónimos. Y quiero averiguar por qué. Pretendo descubrir por qué lo mejor que puede hacer un músico por el bien de su carrera es dejar de respirar. Quiero entender por qué los accidentes de avión, las sobredosis y los suicidios con armas de fuego convierten a guitarristas melencólicos en profetas mesiánicos. Quiero recorrer las calles ensangrentadas de la historia del rock 'n' roll y conversar con los supervivientes que malviven en el arroyo. Esta idea se convirtió en el motor de mi búsqueda. En vez de visitar los

lugares en los que ocurrieron los hechos, visitaría los lugares en los que llegaron a su fin. Iba a darme un viaje de muerte.

—Ahora bien, para hacer algo así —le dije a mi despampanante editora rubia—, voy a necesitar un coche de alquiler.

La muerte cabalga sobre un caballo pálido, pero yo tendré que apañarme con un Ford Taurus plateado. Ahora mismo lo tengo aparcado delante de mi apartamento. En cuanto enciendo el motor, decido rebautizar el vehículo con el nombre de «Ford Tauntaun», por si acaso me pilla una ventisca de agosto y me veo obligado a meter a un congelado Luke Skywalker en las acogedoras tripas del motor. Aunque todavía no lo sé, acabaré recorriendo 10.557 kilómetros con este trasto, guiado por un alucinante Sistema de Posicionamiento Global que me habla con una enérgica y, sin embargo, relajante voz femenina que me recuerda vagamente a la de Meredith Baxter-Birney en los últimos años de *Enredos de familia*. Si todavía no sabes cómo funciona un GPS (y antes de alquilar este Tauntaun yo tampoco tenía ni idea), imagina una máquina que sólo debería existir en el Tokio del año 2085. Se trata de una caja en el salpicadero que muestra un mapa digital que cambia todo el rato y que, literalmente, te habla para dar consejos precisos; me indica la salida que debo tomar en la autopista, a qué distancia me encuentro de lugares como Missoula (Montana), y cómo encontrar el restaurante más cercano de la cadena Red Lobster. Esta sirena electrónica me guiará a lo largo de la Costa Este, a través del profundo Sur, entre los campos de maíz que vertebran el Medio Oeste y más allá de las incendiadas estribaciones montañosas de Montana... hasta llegar, por último, a orillas del océano Pacífico y un puente bajo el que Kurt Cobain nunca durmió. A lo largo de este viaje, visitaré los lugares donde murieron ciento diecinueve personas, la mayoría de ellas víctimas involuntarias de la reluciente guadaña del rock. Y la experiencia me enseñará algo que, de hecho, ya sabía.

Pero todo eso queda en el futuro. Ahora mismo estoy atrapado en el presente, de pie en mi dormitorio con una sudadera con capucha entre las manos, observando los cordeles en forma de víboras, cuestionándome en silencio su utilidad. A veces me gustaría vivir en el año 2085, cuando todos vestiremos monos del mismo color e ingeriremos pasta vitamínica a modo de alimento. Evidentemente, la ropa no deja de ser una preocupación secundaria; me preocupa mucho más (a) qué discos meter en la maleta, y (b) cuánta maría llevarme. La primera cuestión resulta especialmente apremiante. Me acabo de comprar un iPod, pero no sé cómo conectarlo al equipo de música del coche. Tendré que librar esta guerra siguiendo métodos convencionales. Y se trata de una cuestión vital, porque —a juzgar por mis anteriores experiencias— el único elemento placentero de todo el viaje será estar sentado al volante de mi coche de alquiler y perforarme los oídos con buenas dosis de música ensordecedora. Me mudé a Manhattan en la primavera de 2002 y desde entonces no he tenido coche; en términos generales, me alegro, pues soy uno de los peores conductores de todo Estados Unidos. No echo de menos conducir y sé que probablemente no haya peor candidato posible para realizar un viaje de un extremo a otro del país. Sin embargo, sí que he echado de menos escuchar rock mientras conduzco; lo he echado de menos de corazón. Me encanta el modo en que la música en el interior de un coche hace que te sientas invisible. Si subes a tope el volumen, es casi como si los demás no pudieran ver el interior del vehículo. En cierto modo, es como si se tintasen las ventanillas.

Me llevará tres horas decidir qué discos compactos amontonar en el asiento trasero del Tauntaun. Se trata del tipo de dilema que puede hacer que un tipo como yo pierda el sueño. Jamás me ha preocupado la posibilidad de una guerra nuclear ni la economía, ni la necesidad de establecer un

Estado palestino, pero soy capaz de perder muchísimo tiempo debatiendo la conveniencia de comprar todos los álbumes grabados por los Rolling Stones en los años ochenta, más bien flojos, únicamente por motivos de catalogación (particularmente *Undercover*, que incluye la semi-infravalorada “Undercover of the Night”†). Tengo 2.233 CD. Aproximadamente un treinta por ciento de los mismos me fueron remitidos de manera gratuita por diversos sellos discográficos, una cantidad que representa menos del uno por ciento del total de los discos promocionales que recibo. Otro treinta por ciento de los 2.233 los he escuchado menos de cinco veces, incluyendo uno (*The Best of Peter, Paul and Mary*) que no he escuchado jamás; sigue envuelto en celofán. (Lo guardo junto a una copia de *Zen Arcade*, de Hüsker Dü, con la esperanza de que, poco a poco, se fundan hasta formar una colección de caras B de los Pixies). Calculo que he comprado al menos quinientos de estos álbumes en dos ocasiones (una en casete y otra en disco compacto) y algunos de ellos incluso en tres (por ejemplo, compré los veintiséis álbumes de KISS en cinta, después los compré todos en CD y en 1999 me los volví a comprar *otra vez* en CD cuando los remasterizaron, lo cual únicamente quiere decir que alguien se metió en el estudio y les subió el volumen). Nunca he tenido discos de vinilo, excepto *The Yes Album* y *Electric Warrior*, y ambos me los enviaron desde Rhino Records (a pesar de que no tengo plato). El primer CD que compré en mi vida fue *Stairway to Heaven / Highway to Hell*, un disco con fines benéficos que reúne canciones de iconos del rock fallecidos debido al abuso de diversas sustancias interpretadas por bandas de *hair metal*

† Una canción cuyo vídeo incluye, muy apropiadamente, la imagen de Mick Jagger siendo ejecutado por miembros del ejército de un país centroamericano. En mi recuerdo, es Keith Richards el que abate a Mick, pero es muy posible que esté confundiendo el vídeo con la secuencia inicial de *Muerte entre las flores*.

(los Scorpions versionan “I Can’t Explain” de los Who, Cinderella recrean “Move Over” de Janis Joplin, etcétera). Lo compré en octubre de 1989. El último CD que he comprado ha sido *Diary*, de Sunny Day Real State, hace justo dos días. El único CD que (de verdad) he robado en mi vida fue *The Best of the Doors*, un disco doble que me metí en los pantalones durante una borrachera en una fiesta universitaria en 1991 (y cuando digo «de verdad», quiero decir «a menos que también cuente tanger al Columbia House Music Club»). Tengo catorce discos de los Smashing Pumpkins†, aunque sólo me gustan dos. Tengo todo lo que ha sacado a la venta Britney Spears; esto se debe a que creo que algún día «lo necesitaré», a pesar de que no se me ocurre todavía qué podría generar dicha necesidad. Tengo más discos que el noventa y nueve por ciento de los estadounidenses, pero menos que el cuarenta por ciento de mis amigos. Si descubro que un conocido tiene más CD que yo, me siento intimidado y, en cierto modo, castrado. Pienso mucho en mis discos. Me resulta extrañamente reconfortante mirarlos cuando estoy borracho. Ahora mismo, mis ojos repasan los títulos dispuestos en orden alfabético y me pregunto cuántos pasarán la criba para acompañarme en este viaje a través de Estados Unidos. Esta decisión lo marcará todo. El espacio es reducido, así que sólo puedo llevarme álbumes que me resulten absoluta e innegablemente esenciales.

Acabo eligiendo seiscientos.

† Contando la caja *The Aeroplane Flies High*, evidentemente.